

LIBRO NOVENO¹

CAPÍTULO PRIMERO

Digresión en que Polibio defiende el modo que ha tenido en escribir su historia. — De las numerosas partes que forman la historia. La esencial, según Polibio, es la que relaciona los hechos, porque entre otras razones ocasiona una notable utilidad a los lectores.

He aquí los hechos más ilustres que se incluyen en la mencionada olimpiada, o en el espacio de cuatro años, a que hemos manifestado que equivale cada una; hechos que servirán de materia a los dos libros siguientes. Bien sé que mi modo de escribir tiene algún tanto de desagradable, y que por la uniformidad de su estilo sólo acomodará y gustará a una clase de personas. Todos los demás historiadores, o al menos la mayoría, como hacen uso de todas las partes de la historia, atraen a la lectura de sus obras un gran número de personas. Efectivamente, el que sólo lee por afición gusta de genealogías de familias y de naciones; el investigador y curioso apetece establecimientos de colonias, fundaciones de ciudades y conexiones de unas con otras, como se ve en Éforo, y el político ama las acciones de pueblos, de ciudades y de reyes: y como nosotros solamente nos hemos atenido a estas últimas, y de ellas hemos hecho el objeto principal de nuestra obra, de aquí es que nuestra historia únicamente cuadrará a una clase de sujetos y para el mayor número será una lectura desagradable. Ahora, qué motivos nos hayan impelido a desechar las otras partes de la historia, y ceñirnos solamente a relatar los hechos, esto ya lo hemos manifestado a lo largo en otra parte; sin embargo, no hallo inconveniente en apuntarlo aquí por mayor a los lectores, para refrescar la memoria.

En el supuesto de que son muchos los que nos han contado de diversas maneras lo perteneciente a genealogías, fábulas, colonias, parentescos de unos pueblos con otros y fundaciones de ciudades, un historiador que emprenda ahora tratar de esto, una de dos, o ha de vender lo ajeno como propio, la mayor vergüenza para un escritor o, cuando no, tomarse un trabajo ciertamente vano en escribir y romperse la cabeza sobre cosas sabidas, que sus predecesores expusieron con

1. Sigue una serie de fragmentos: muy importantes, algunos de ellos, y casi insignificantes, otros.

bastante claridad y transmitieron a los venideros. He aquí el motivo, entre otros muchos, por qué hemos omitido estas materias. Por el contrario, hemos preferido la relación de los hechos; primero, porque como éstos son siempre nuevos, requieren asimismo narración nueva, pues no es menester tocar lo de antes para contar lo que ha sucedido después; segundo, porque este modo de escribir ha sido siempre y es el más provechoso, principalmente cuando en nuestra era han hecho tales progresos las ciencias y las artes, que para cualquier caso que sobrevenga puede hallar reglas de conducta el que las busque. Por lo cual, no tanto atentos al placer, como a la utilidad de los lectores, sin contar con las demás partes, nos hemos ceñido a ésta; y sobre esto cualquiera que lea atentamente nuestra historia apoyará lo que decimos con su voto.

CAPÍTULO II

Asedio de Capua por los romanos tras la derrota de Cannas. – Inútiles esfuerzos de Aníbal por librarla del cerco. Retirada de este general y marcha contra Roma. Paragón de Epaminondas con Aníbal y de los lacedemonios con los romanos.

De este modo, Aníbal tiraba una línea todo alrededor del campo de Apio (año -213), trataba escaramuzas y tentaba a los romanos a fin de provocarlos a un combate; mas viendo que Apio no hacía caso, entabló al cabo un asedio como si fuera a una ciudad. La caballería atacaba por escuadrones, y disparaba tiros con algarazara contra el campo. La infantería en batallones se lanzaba y hacía esfuerzos por arrancar el atrincheramiento. Pero nada de esto era capaz de mover a Apio de su propósito. Por el contrario, rechazaba con la infantería ligera a los que se aproximaban al real y, defendiéndose con los pesadamente armados del ímpetu de los tiros, les hacía permanecer formados bajo sus banderas. El cartaginés, desesperanzado de salir con su designio, porque ni podía entrar en la plaza... *ni desalojar* a los romanos, consultó con los suyos qué había de hacer en tales circunstancias. En mi opinión, lo que entonces sucedió es capaz de embarazar no sólo a Aníbal, sino a cualquier otro hombre que lo entienda. Porque ¿quién no extrañará que los romanos tantas veces vencidos por los cartagineses, y sin osar ponérseles delante, no quieran ceder ni abandonar la campiña, y que aquellos que poco antes andaban sólo costeanado las laderas bajen ahora al llano y pongan sitio a la ciudad más célebre y poderosa de Italia, viéndose rodeados por todas partes de unos enemigos a quienes ni aun por el pensamiento se atrevían a mirarles a la cara? Mas los cartagineses, aunque constantemente victoriosos en los combates, a veces no se veían menos afligidos que los vencidos. A mi modo de entender, esto provino de la conducta de unos y otros. Unos y otros se hallaban enterados que la caballería de Aníbal era causa de las victorias de los cartagineses y de las pérdidas de los romanos. Por eso, así que vieron éstos vencidas sus legiones, se propusieron marchar por las laderas al lado de Aníbal, porque en tales lugares no había nada que temer de la caballería enemiga.

Efectivamente, no pudo menos de ocurrir a unos y otros lo que entonces sucedió en Capua. Los romanos no se atrevían a salir a una batalla por temor a la caballería cartaginesa; pero dentro de su campo vivían muy confiados, porque sabían

fijamente que la que los había vencido en batallas campales aquí no era capaz de acarrearles el menor daño. Por otra parte, los cartagineses tenían fuertes motivos para no poder permanecer acampados mucho tiempo en un mismo sitio con su caballería; ya porque con esta prevención tenían los romanos talados todos los forrajes de la comarca, y no era fácil traer a lomo de tan larga distancia el heno o cebada que bastase a tanto número de caballos y acémilas; ya porque sin el auxilio de ésta no se atrevían a sitiarse dentro de sus fosos y trincheras a los romanos, contra quienes, siempre que habían entrado en acción con sola la infantería, había quedado dudoso el éxito de la jornada. A más de esto aquejaba al cartaginés el temor de que no viniesen sobre él nuevas tropas, acampasen al frente y, cortado el transporte de los víveres, le pusiesen en grande aprieto. Consideradas estas razones, Aníbal, teniendo por imposible hacer levantar el sitio a viva fuerza, cambió de pensamiento. Discurrió que si realizaba una marcha oculta y se dejaba ver de repente delante de Roma, acaso aterrados sus moradores con la novedad, conseguiría alguna ventaja sobre esta capital; y cuando no, forzaría a Apio, o a levantar el cerco para venir rápidamente al socorro de su patria, o a dividir su armada; y en este caso, le sería fácil vencer a los que viniesen al socorro y a los que quedasen en Capua. Con este propósito despachó un correo a Capua; y para su mayor seguridad, le persuadió de que se pasase a los romanos, y desde allí a la plaza. Se temía en gran manera que los capuanos, desesperanzados al ver su retirada, no le abandonasen y se entregasen a los romanos. Por eso les descubrió su pensamiento en una carta, que envió por un africano el día después de su marcha, para que, sabido el designio y motivo de su retiro, sufriesen el asedio con constancia.

Así que se conoció en Roma lo que sucedía en Capua y que Aníbal acampado al frente tenía sitiadas sus legiones, todo fue temor y sobresalto, como si ya hubiese llegado el día que iba a decidir de su suerte. La remisión de víveres y el acopio de municiones ocuparon las atenciones de todos y de cada uno. Los capuanos, recibida la carta por el africano, supieron el modo de pensar de Aníbal, y decididos a probar aún este arbitrio, persistieron en su resolución. Aníbal, al quinto día de haber llegado, da de cenar a sus gentes y, dejando los fuegos encendidos, levanta el campo con tal silencio, que nadie supo su ausencia (año -212). Después que en continuas y forzadas marchas hubo cruzado Samnia, y hubo reconocido y tomado con la vanguardia todos los lugares que se hallaban sobre el camino; y mientras que duraba aún en Roma la inquietud de Capua y de lo que allí pasaba, vadea el Anión, se aproxima a Roma y sienta su campo a cuarenta estadios cuando más de esta capital.

Conocida en Roma esta noticia, fue tanto mayor la turbación y sobresalto, cuanto tenía el caso de imprevisto e inesperado, porque jamás se había acercado tanto Aníbal a sus muros. Al mismo tiempo se les representaba la idea, que no era posible se hubiesen atrevido los contrarios a pasar tan adelante, a no haber vencido antes las legiones que sitiaban Capua. Al punto los hombres montan sobre los muros, y ocupan los puestos ventajosos de la ciudad. Las mujeres corren a los templos, hacen votos a los dioses y barren con sus cabellos los pavimentos de los templos, como tienen por costumbre cuando la patria se ve amenazada de un gran peligro.

Ya tenía Aníbal fortificado su campo, y estaba pensando cómo dar un asalto a la ciudad al día siguiente, cuando inopinadamente y sin saber cómo sobrevino un acaso que fue la salud de Roma. Ya hacía tiempo que los cónsules Cneo Flavio y Publio Sulpicio tenían alistada una legión, que en aquel mismo día estaba obli-

gada con juramento a ir a Roma con sus armas, y a la sazón estaban haciendo el encabezamiento de otra y probando a los soldados. De suerte que casualmente se halló en Roma al tiempo preciso un gran número de tropas, que sacadas por los cónsules con buen ánimo y acampadas frente a la ciudad contuvieron el ardor de Aníbal. El cartaginés al principio había emprendido esta expedición no del todo desesperanzado de tomar Roma por asalto; pero visto que los enemigos formaban sus haces, e informado poco después por un desertor de lo que sucedía, depuso su intento contra la ciudad y se lanzó a talar la campiña e incendiar los edificios. En los principios recogió y reunió en su campo un prodigioso botín, ya que había ido a robar un país a donde jamás se creyó pudiese llegar enemigo alguno.

Pero después, como los cónsules hubiesen tenido el osado arrojo de apostarse a diez estadios del real enemigo, Aníbal, que por una parte había acumulado un inmenso botín, y por otra se veía sin esperanzas de tomar a Roma, levantó el campo al amanecer. El principal motivo para esto fue la cuenta que tenía echada de los días en que, según su opinión, esperaba que Apio, informado del peligro de su patria, o levantaría del todo el sitio para acudir a Roma, o dejadas en Capua algunas tropas vendría al socorro en diligencia con la mayor parte; y en cualquiera de los dos casos, se prometía tener de su parte la fortuna. Mas Publio, destruidos los puentes del Anión, le forzó a vadear el río, dio sobre sus tropas cuando pasaban y le puso en una gran dificultad. Es cierto que no hizo daño considerable a causa de gran número de caballos que Aníbal poseía y la facilidad de maniobrar de los nómadas en cualquier terreno, pero por lo menos le quitó una buena parte del botín y le tomó prisioneros trescientos hombres, con lo cual se retiró a su campamento. Poco después, en la opinión de que un regreso tan precipitado en los cartagineses procedía de miedo, echó a andar en su alcance de cerro en cerro. El cartaginés al principio caminaba a largas marchas, con el anhelo de realizar lo que se había propuesto; mas al quinto día, con el aviso que tuvo de que Apio persistía sobre el cerco, ordena hacer alto para esperar a los que venían detrás, ataca durante la noche el campo romano, mata a muchos y desaloja a los restantes del campamento. Llegado el día, advirtió que los romanos se habían acogido a una eminencia fortificada, y no teniendo por conveniente detenerse en su asedio, rompió por la Dauria y el país de los brucios, y sin ser sentido se dejó ver delante de Regio tan de repente, que por poco no se apodera de la ciudad. Sin embargo, mató a todos los que habían salido a la campiña, e hizo prisioneros a muchos ciudadanos de Regio en esta jornada.

Creo que con justa razón se aplaudirá el valor y emulación con que los cartagineses y romanos se hacían la guerra por este tiempo; del mismo modo que se celebra a Epaminondas el Tebano. Este general, habiendo llegado a Mantinea con sus aliados, y visto a los lacedemonios y a sus aliados congregados en la ciudad en acción de hacerle frente, ordenó cenar temprano a los suyos, y los sacó a la primera noche simulando que iba a apoderarse de ciertos puestos ventajosos para formarlos en batalla. Todo el ejército se hallaba eficazmente persuadido de esto; cuando tomando el camino en derechura a Lacedemonia llega allá a la tercera hora de la noche, coge a Esparta desprevenida de defensores con tan inopinada llegada, entra a la fuerza hasta la plaza y se apodera de todo aquel lado de la ciudad que mira al río. Por desgracia llegó a Mantinea aquella misma noche cierto desertor, y dando cuenta al rey Agesilao de lo que ocurría, se acudió rápidamente al socorro, al tiempo mismo que se estaba tomando la ciudad. Epaminondas, malograda esta esperanza, hace tomar un bocado a los suyos en las márgenes del

Eurotas, y recobrado algún tanto el ejército de la fatiga pasada, vuelve a tomar el camino mismo que había traído, conjeturando lo que sucedería, que los lacedemonios, por haber marchado al socorro de Esparta, habrían dejado desierta a Mantinea, como sucedió en efecto. Con esta mira exhorta a los tebanos, y al cabo de una marcha forzada de toda la noche, llega a Mantinea a la mitad del día y la halla completamente falta de defensores. Mas dio la casualidad que los atenienses, con el deseo de tener parte en la guerra contra los tebanos, llegaron a esta sazón para auxiliar a los lacedemonios. Ya la vanguardia tebana tocaba con el templo de Neptuno, distante siete estadios de la ciudad, cuando se dejaron ver los atenienses sobre un collado que domina a Mantinea, como si expresamente los hubieran llamado. Lo mismo fue divisarlos los que habían quedado en la ciudad, que al punto se animaron, aunque con trabajo, a subir a los muros, para contener el ímpetu de los tebanos. Por eso los historiadores se quejan con justa razón de la desgracia de estas expediciones, y sientan que Epaminondas ejecutó por su parte cuanto pudiera un perfecto capitán... pero, aunque vencedor de sus enemigos, fue vencido por la fortuna.

Lo mismo se puede decir de Aníbal. Porque al ver a este general que ataca a los romanos por ver si con pequeños combates puede hacerles levantar el cerco; que frustrado este intento marcha contra la misma Roma; que no dejándole salir tampoco la desgracia con su propósito, vuelve sobre sus pasos y destaca la mayor parte de su ejército a Capua, mientras que él permanece como en centinela de los movimientos de los sitiadores; que, por último, no desiste del empeño, antes de destruir a los romanos, y por poco no desalojar de su ciudad a los de Regio, pregunto: ¿quién no admirará y aplaudirá al cartaginés en estas acciones? Pero cualquiera conocerá que los romanos en este lance se condujeron mejor que los lacedemonios. Porque, aunque éstos al primer aviso echaron a correr en tropel, por salvar a Esparta, pero en cuanto estuvo de su parte, dejaron abandonada a Mantinea, aquéllos guardaron su patria sin levantar por eso el asedio, permanecieron inmóviles y firmes en su decisión, y de allí adelante estrecharon a los capuanos con más confianza.

Se ha dicho esto, no tanto por hacer el encomio de los romanos y cartagineses, cosa que ya hemos hecho repetidas veces, cuanto por elogiar a las cabezas de uno y otro pueblo, y a los que en adelante hayan de manejar los negocios públicos en cualquier otro, a fin de que, acordándose de estos grandes generales y tomándolos por modelos, emulen... *sus esclarecidas acciones*, las cuales, aunque en sí parezcan tener alguna cosa de arrojadas y peligrosas, sin embargo no tienen riesgo en emprenderse, se miran con admiración, y bien se consigan, bien no, adquieren gloria inmortal y buena fama, si las acompaña la prudencia.

CAPÍTULO III

Siracusa y sus virtudes.

Siracusa debe su belleza a la virtud de sus habitantes, no a los objetos de arte que de fuera llevaron.

Si los romanos procedieron bien y en favor de sus intereses en trasladar a su patria los tesoros de las ciudades conquistadas.

Ése es el motivo que indujo a los romanos a llevar a su patria los mencionados adornos y a no dejar alhaja en las ciudades vencidas. Lo cual, si fue bien hecho y conducente, o al contrario, es materia que admite muchas disputas, bien que hay más razones para probar que ni entonces entendieron ni ahora entienden su propia conveniencia. Porque si llevados de este atractivo hubieran engrandecido su patria, no tiene duda que hubieran tenido justa razón para transportar a Roma lo que pudiera enriquecerla; pero si con el más simple modo de vida, si infinitamente distantes de la profusión y lujo, dominaron sin embargo aquellos pueblos, entre quienes se encontraba el mayor y más preciso número de estas alhajas, ¿cómo no se ha de calificar éste por un yerro de su política? Desnudarse de las costumbres del pueblo vencedor por vestirse de las del vencido, y atraerse sobre sí la envidia que por lo común acompaña a este exterior extranjero, la cosa de que más se deben precaver los que gobiernan; ésta sin disputa es una conducta errada de quien tal hace. El que contempla estos adornos forasteros jamás bendice la fortuna de los que poseen lo ajeno, sin que la envidia al mismo tiempo deje de suscitarle alguna conmiseración de los infelices a quienes antes se quitaron. Cuando la dicha va en aumento y una nación ha llegado a atesorar las riquezas de las otras, si por algún accidente concurren éstas a ver este espectáculo, nacen de aquí dos males. Porque los espectadores ya no se conducen de los males ajenos, sino de los propios, renovando la memoria de sus propias infelicidades. De aquí nace no sólo la envidia, sino que se fomenta una cierta rabia contra los dichosos; pues la memoria de las propias calamidades induce, digámoslo así, al aborrecimiento de los autores. Para que los romanos hubiesen atesorado en Roma el oro y la plata, ya había algún motivo; pues no era posible llegar al imperio universal sin disminuir primero el poder de los otros pueblos, privándolos de estos recursos y apropiándolos para sí. Pero para todo lo que no es el poder real que hemos dicho, más glorioso les hubiera sido el dejarlo donde estaba, con la envidia que a esto se sigue, y adornar su patria, no con pinturas y efigies, sino con la gravedad de costumbres y nobleza de sentimientos. Esto se ha dicho para los conquistadores que vengan en el futuro, a fin de que no despojen las ciudades que sometan, ni se persuadan de que sirven de adorno a sus patrias las calamidades ajenas.

CAPÍTULO V

Rivalidad entre los jefes cartagineses.

Después de triunfar de sus contrarios, no pudieron los jefes cartagineses triunfar de sí mismos. Mientras se les creía en guerra con los romanos, peleaban unos contra otros. Las sediciones causadas por la ambición y avaricia innatas en los cartagineses desolaban a Cartago. Asdrúbal, hijo de Gescón, abusó del poder

hasta el extremo de exigir crecida suma de plata a Indíbil, el más fiel aliado de los cartagineses, a Indíbil, que permitió ser arrojado de su reino antes de faltar a la adhesión que les tenía, y a quien por reconocimiento restablecieron en el trono. Creyendo dicho príncipe que la República tomaría en cuenta su constante amistad, no se apresuró a cumplir las órdenes de Asdrúbal; mas éste, para vengarse, inventó contra él atroz calumnia, obligándole a dar sus hijas en rehenes.

CAPÍTULO VI

Digresión acerca de los primordiales elementos del arte militar. – En asuntos de guerra, una cosa son acciones y otra azares o casualidades. – Condiciones que ha de poseer un general, práctica, historia y ciencia adquirida por principios. – Precisión para este último de las matemáticas, y particularmente de la astrología y geometría. – Precisión de la astrología para concertar la estación a las empresas militares. – Ejemplos de generales que han frustrado sus propósitos por este defecto. – Utilización de la geometría. – Forma de medir las escalas. – Diversos modos de situar un campamento y forma de conjeturar su magnitud por el ámbito. – Refutación de los que creen que los pueblos de suelo desigual y quebrado poseen más casas que los de terreno llano, y demostración lineal de lo contrario.

En verdad mucha reflexión requieren los accidentes de las empresas militares; pero se puede salir bien de todos si se realiza con prudencia lo proyectado. Es fácil conocer por lo pasado que en la guerra son menos las acciones que se ejecutan a las claras y por fuerza que las que se hacen con astucia y ocasión, y que de las que ofrece la ocasión más son las que se han malogrado que las que se han conseguido. Para convencerse de esta verdad, no es menester más que mirar al éxito. Se convendrá también en que las más de las faltas se cometen por ignorancia e indolencia de los jefes. Ahora vamos a ver cuál sea el modo de remediarlas.

Todo lo que se lleva a cabo en la guerra sin propósito no merece el nombre de acción, sino más bien el de azar o de accidente. Éstos, como no tienen regla fija ni estable, se nos permitirá pasarlos en silencio y solamente atenernos a los que se ejecutan con objeto determinado, que serán la materia del presente discurso. Toda acción pide tiempo determinado, espacio cierto, en que se ha de hacer lugar, secreto, señales fijas y a más por quiénes, con quiénes y de qué modo se ha de realizar. Seguramente, al que combine bien cada una de estas circunstancias, no le desmentirá su designio; mas con una que omita, le fallará todo el proyecto. Tal es la disposición de la naturaleza: para malograrse una empresa, basta una friolera o la más mínima circunstancia; cuando para su consecución apenas bastan todas. Por eso los generales no deben omitir ninguna en semejantes ocasiones.

La principal circunstancia de las que hemos apuntado, es el secreto; de suerte que ni la alegría de un acontecimiento inesperado, ni el temor, ni la familiaridad, ni el afecto a los suyos sean capaces de descubrirlo al extraño, sino únicamente comunicarlo a aquellos sin los cuales no es posible llevar a cabo lo proyectado, y aun a éstos de ningún modo antes que lo exija la necesidad de cada cosa. El secreto consiste no sólo en la lengua, sino mucho más en el ánimo. Porque hay muchas gentes que, aun con la boca cerrada, ya con el semblante, ya con las accio-

nes, descubren el interior. La segunda es conocer los caminos diurnos y nocturnos, y el modo de andarlos, tanto por tierra como por mar. La tercera y principal es tener noticia de las estaciones por las observaciones del cielo, para poderlas acomodar a sus propósitos. Asimismo es de considerar el mecanismo de la acción, pues muchas veces consiste en esto parecernos los imposibles facilidades y las facilidades imposibles. Últimamente, se debe cuidar de las señas y contraseñas, así como de la elección de quiénes y con quiénes se ha de ejecutar lo proyectado. Todos estos requisitos se adquieren, unos por la práctica, otros por la historia y otros por el arte y los preceptos.

Lo mejor sería que el mismo general conociese los caminos, el sitio a donde se había de ir, la naturaleza del terreno y a más por quiénes y con quiénes se había de hacer la cosa; pero cuando no, al menos es preciso se informe de todos los detalles, no dé crédito así como quiera y tome seguridades de las guías que preceden al ejército en semejantes lances. Todos estos conocimientos y otros semejantes los pueden aprender los jefes, o por propia experiencia adquirida en el mismo ejercicio militar, o por la historia; pero otros necesitan estudio y observación, principalmente en la astrología y geometría. Estas ciencias, aunque en sí no muy importantes para esta profesión, con todo, son de un gran uso y conducen muchísimo para conocer las revoluciones que antes hemos dicho. Su principal necesidad consiste en enseñarnos la duración de los días y de las noches. Porque si esta duración fuera siempre igual, no se necesitaría trabajo en adquirir un conocimiento que sabrían todos. Pero como no sólo se encuentra diferencia entre el día y la noche, sino también entre un día y otro día, una noche y otra noche, es indispensable conocer las crecientes y menguantes de unos y de otras. Sin echar cuenta con estas alteraciones, ¿cómo se ajustará el camino y la marcha de un día o una noche? Es imposible sin este conocimiento llegar jamás al tiempo preciso, sino que necesariamente se ha de llegar o antes o después, y en estas solas ocasiones es más falta llegar temprano que tarde. Porque el que llega tarde es cierto se le malogra la esperanza, pero conocido a tiempo su yerro se retira sin peligro; en vez de que el que llega temprano, como es descubierto, a más de frustrársele la empresa, se pone en peligro de una entera derrota.

Todas las acciones humanas dependen de la ocasión, pero mayormente las de la guerra. Por eso el general debe tener suma facilidad en conocer los solsticios del verano y del invierno, los equinoccios y las crecientes y menguantes de los días y de las noches que entre éstos median. Ésta es la única forma de medir justamente el paso de una parte a otra, bien sea por mar, bien por tierra. Es también preciso conocer las diversas partes del día y de la noche, para saber a qué hora se debe levantar y a cuál ha de ponerse en marcha. Porque sin buen principio no es posible conseguir el fin. Las horas del día es posible conocerlas por la sombra, por el curso del sol y por los espacios del camino que se encuentran marcados sobre la tierra; pero las de la noche no es tan fácil, a no ser que, mirando al cielo, se comprenda toda la disposición, y economía de los doce signos del Zodíaco; aunque esto no tiene nada de dificultoso para los que han llevado a cabo algún estudio en la esfera. Porque aunque las noches sean desiguales, como en toda noche aparecen sobre el horizonte seis de los doce signos, se sigue por precisión que a las mismas partes de cualquier noche se han de descubrir partes iguales de los doce signos. Una vez conocido qué espacio del Zodíaco ocupa el sol durante el día, no hay más que, después de puesto, tirar una línea diametral por el círculo, y todo cuanto se descubra haber ascendido el Zodíaco por encima de esta línea, otro tanto se ha-

brá pasado siempre de la noche. Después de sabido el número y magnitud de los signos, se conocen con facilidad las diferentes partes de la noche. Si la noche está nublada, se ha de atender a la luna, porque, como es tan grande, por lo regular siempre se percibe su luz en cualquier parte del cielo que se halle. Unas veces se han de computar las horas por el tiempo y lugar inmediato a su oriente, otras por el inmediato a su ocaso; pero antes es menester haber adquirido un tan gran conocimiento sobre esto, que se comprendan bien todas las diferencias que suceden al salir la luna. En fin, las observaciones sobre este astro son fáciles. Todo su estudio se halla reducido, como si dijéramos, a un solo mes; y para la inteligencia todos los demás son semejantes.

Por eso se aplaudirá siempre en Homero el habernos representado a Ulises, aquel sobresaliente capitán, conjeturando por los astros no sólo lo perteneciente a la navegación, sino lo tocante a las acciones de tierra. Se pueden prever exactamente los acontecimientos más extraordinarios y capaces muchas veces de arrojarnos en la mayor dificultad, como son las lluvias, las inundaciones, las excesivas escarchas, las nevadas, los aires condensados y nebulosos y otros semejantes meteoros. Y si de lo que se puede prever no hacemos caso, ¿no seremos con razón culpables del mal éxito de la mayor parte de nuestros propósitos? Convengamos en que nada se debe despreciar de cuanto se ha dicho, para liberarnos de las faltas en que tantos otros han caído, como los que ahora vamos a poner por ejemplo.

Arato, pretor de los aqueos, habiendo intentado tomar por trato la ciudad de Cíneto, dispuso con aquellos de la ciudad que apoyaban su intento, el día en que estaría por la noche junto al río que baña la ciudad, y esperaría allí algún tanto con sus tropas; que los conjurados, así que hallasen ocasión, destacarían sin estrépito por la puerta a la mitad del día uno de los suyos con capa, para advertir a Arato que se aproximase a la ciudad y se apostase sobre un sepulcro en que estaban convenidos; que los otros echarían mano durante la siesta a los polemárcos, que acostumbraban estar de guardia; y que efectuado esto, Arato había de salir prontamente de la emboscada para apoderarse de la puerta. Tomadas estas medidas, ya que fue el tiempo preciso, viene Arato, se oculta en las márgenes del río y espera la señal. Para entonces cierto ciudadano que tenía un rebaño de ovejas pastando alrededor de la ciudad, queriendo saber de su pastor cierta cosa, salió por la puerta con su capa, y se puso sobre el mismo sepulcro, por si mirando en derredor, podía encontrarle. Arato, que se persuadió a que ésta era la señal, acudió prontamente a la puerta; pero cerrada ésta por los centinelas, porque todavía no tenían nada dispuesto los de adentro, no sólo malogró la acción, sino que fue causa de que los cómplices de la ciudad sufriesen los mayores castigos, porque convictos de traición fueron inmediatamente sacados al suplicio. Y ¿cuál diremos fue la causa de esta desgracia? El haberse fiado de una simple señal el general, joven aún y poco experto en la exactitud de las señas y contraseñas dobles: tan poco necesitan a veces las acciones militares para su malogro o su consecución.

Cleómenes, rey de Esparta, formó también el propósito de tomar por inteligencia a Megalópolis. Para ello concertó con los guardas del muro que iría una noche con gente a un lugar llamado la Cueva, a eso de la tercera vigilia, tiempo en que habían de montar la guardia los conjurados. Mas no previó que al nacimiento de las Pléyades son sumamente cortas las noches, y levantó el campo de Lacedemonia al ponerse el sol. ¿Y qué ocurrió? Que no pudiendo llegar con tanta presteza que no fuese ya de día claro, en medio de los temerarios y vanos esfuerzos que hizo, fue repelido vergonzosamente con pérdida de muchos, y a riesgo de haberlo

perdido todo; aquel que, si hubiera ajustado bien con el tiempo su designio, una vez apoderados los cómplices de la entrada, hubiera introducido su ejército y no le hubiera fallado su proyecto.

Ya hemos dicho anteriormente cómo también el rey Filipo, tramada inteligencia con algunos de la ciudad de Melita, cometió dos yerros: el uno en haber traído escalas más cortas que las que pedía la urgencia; el otro en haber ido antes de tiempo. Porque habiendo quedado en que iría a media noche, cuando todos estuviesen durmiendo, salió de Larisa antes de la hora precisa, llegó al país de los melitenses, y como no podía ni detenerse, por temor de que la noticia llegase a la ciudad, ni volver atrás para ocultarse, forzado a proseguir siempre adelante, llegó a Melita cuando todos se hallaban despiertos. De aquí provino que ni pudo forzar el muro con las escalas por la desproporción, ni entrar por la puerta, a causa de no haber tenido tiempo los de adentro para ayudarle. Por último, irritados los de la ciudad, mataron muchos de los suyos, y él tuvo que retirarse con la vergüenza de haber errado el golpe y haber advertido a los melitenses y a los demás pueblos la desconfianza y precaución que habían de tener con su persona.

Nicias, general de los atenienses, pudo muy bien salvar el ejército que tenía frente a Siracusa, y tomar durante la noche el tiempo oportuno para engañar al enemigo y ponerse a salvo. Pero habiéndose eclipsado entonces la luna, la superstición le hizo temer no fuese presagio de alguna desgracia, y suspendió la marcha. De que se siguió que levantando el campo la noche siguiente, los soldados y los jefes tuvieron que rendirse a los siracusanos, que ya estaban advertidos. Aunque si sobre esto hubiera consultado únicamente a los peritos, hubiera podido, no digo no dejar pasar la ocasión oportuna por tales accidentes, pero aun servirse de la ignorancia de los enemigos en su provecho. Porque la impericia del contrario es para el hábil general tener andado lo más para la consecución de sus propósitos. He aquí hasta dónde se ha de extender el conocimiento de la astrología.

La medida de las escalas se ha de tomar de este modo. Si por alguno de los que están de inteligencia se sabe la altura del muro, es fácil ajustar la medida de la escala. Porque si el muro tiene, por ejemplo, diez pies de altura, es preciso dar a la escala doce bien cumplidos. La distancia a que ha de estar el pie de la escala respecto de la altura del muro ha de ser la mitad de su longitud; para que ni más separada se rompa con el número de los que suben, ni más recta esté demasiado perpendicular y resbaladiza a los que montan. Si no se puede medir el muro ni aproximarse a él, tómese desde lejos la medida de cualquier altura que se eleve perpendicularmente sobre un terreno llano. El modo de tomarla es fácil, en queriéndose aplicar un poco a las matemáticas.

Por aquí se ve claramente que para el buen éxito de las empresas y acciones militares se necesita el estudio de la geometría, no quiero decir perfecto, pero al menos el que baste a tener conocimiento de las proporciones y relaciones. Y no sólo se limita a esto este estudio, sino que es necesario para acomodar al terreno la figura de un campamento. De esta forma se podrá unas veces mudar el campo en cualquier figura, guardando siempre proporción con lo que contiene dentro; otras reteniendo la misma figura, aumentar o disminuir el área, con respecto a los que entran o salen. Pero esta materia ya la hemos expuesto más ampliamente en nuestro tratado de las *Formaciones de batalla*.

No creo se me pueda hacer cargo con razón de que pido tantos requisitos en un general, exigiendo de los candidatos la astrología y la geometría. Ciertamente así

como no puedo ver que a la profesión que cada uno tiene se añadan conocimientos inútiles únicamente por vanidad y charlatanería, igualmente soy acérrimo defensor y promovedor para que aquellos que son propios de nuestro instituto se lleven al más alto grado. Sería un absurdo que cuando los que aprenden a bailar o tocar un instrumento toleran instruirse primero en la cadencia y la música, y aun en los movimientos de la lucha, por creer que este ejercicio contribuye a la perfección de los dos anteriores; los que aspiran a mandar ejércitos llevasen a mal el tomar una tintura en otras ciencias; de suerte que los artistas viniesen a ser más diligentes y aplicados que los que se proponen brillar en la más ilustre y honrosa carrera. Esto no habrá hombre de entendimiento que lo conceda. Pero sobre esta materia baste lo manifestado.

La mayor parte de los hombres infiere la magnitud de una ciudad o de un campo por la circunferencia. Por eso cuando oyen que Lacedemonia, que tiene cuarenta y ocho estadios de circuito, es doble mayor que Megalópolis, teniendo ésta cincuenta, les parece haber oído un absurdo. Y si alguno, por aumentar la dificultad, añade que es dable que una ciudad o un campo de cuarenta estadios de circuito sea doble mayor que otro de ciento, esto para ellos es una paradoja. Ello proviene de que no se acuerdan de los principios de geometría que aprendieron cuando muchachos. Me ha movido a tratar de esta materia el ver que no sólo el vulgo, sino también los magistrados y algunos de los que gobiernan ejércitos, se sorprenden y admiran al considerar unas veces cómo pueda ser que Esparta sea mayor y aun mucho mayor que Megalópolis con una circunferencia más corta, cómo por el ámbito solo de un campamento se pueda calcular el número de hombres. Aún hay otro error semejante cuando se trata de ciudades. Los más están en el concepto de que las de suelo quebrado y desigual contienen más casas que las de terreno llano, y no es así. Porque los edificios no se construyen con relación al declive del suelo, sino con respecto a la superficie plana donde están fabricados perpendicularmente, y sobre la cual yacen los cerros. Cualquier muchacho se convencerá de lo que digo sólo con verlo. Y si no, figúrese cualquiera una manzana de casas fundadas de tal suerte sobre un declive, que todas tengan igual altura; es claro que todos los tejados harán una superficie igual y paralela al área plana, sobre la cual yace el cerro y el cimiento de las casas. Esto se ha dicho por aquellos que, a pesar de ignorar y extrañar estas materias, pretenden con todo mandar ejércitos y gobernar pueblos.

CAPÍTULO VII

Aníbal: su gran personalidad militar y política. – Sus rasgos físicos. – La influencia de las circunstancias en su vida.

Ciertamente Aníbal era autor y alma de cuanto sucedía entonces en Roma y Cartago. Todo lo hacía en Italia por sí, y en España por medio de su hermano mayor, Asdrúbal, y por el segundo, Magón. Estos dos capitanes fueron quienes derrotaron en Iberia a los generales romanos. Por sus órdenes obraron en Sicilia, primero Hipócrates, y después el africano Mitón. Él fue quien sublevó Iliria y Grecia, y quien concertó alianza con Filipo para asustar a los romanos y obligarles a

separar sus fuerzas. ¡Tan fácil es al genio de un gran hombre abarcar con energía cuanto emprende y ejecutar con talento la decisión tomada!

Conducido por los asuntos que refiero a hablar de Aníbal, no creo ocioso describir los rasgos característicos de este hombre, objeto de tan contrarias opiniones.

Júzganle unos extremadamente cruel, acúsanle otros de avaro; y es lo cierto que apenas se puede averiguar la verdad respecto de él, y de cuantos dirigen los negocios públicos. Apreciando el carácter de los hombres por el distinto éxito de los acontecimientos en que toman parte, unos se fijan en el momento de su mayor poder, y otros atienden sólo al del infortunio. Este procedimiento lo juzgo inexacto, pareciéndome más atinado tener en cuenta que los consejos de los amigos y la multitud de variadas circunstancias en que el hombre se encuentra obliganle a decir y hacer muchas cosas contra su natural inclinación. En prueba de ello, recordemos acontecimientos pasados.

El tirano de Sicilia Agatocles adquirió fama del más cruel de los hombres mientras asentaba su dominación; mas cuando la consideró firme y segura, gobernó a sus súbditos tan benéfica y blandamente que nadie alcanzó, por cosa idéntica, mejor reputación. El excelente rey Cleómenes, de Esparta, llegó a ser un tirano inhumano. Cuando perdió el mando fue en la vida privada el hombre más atento y bondadoso, y como no es fácil que se cambie de genio e instintos espontáneamente, preciso es buscar en el cambio de los negocios la causa de las contradicciones que con frecuencia se advierten en los grandes caracteres. De esto deduzco que las situaciones varias en que el hombre se halla no sirven para conocerle, sino mejor para impedir que se le juzgue con imparcialidad.

Y no son sólo los jefes los poderosos, los reyes quienes por consejo de sus amigos obran contra sus naturales inclinaciones; los mismos Estados experimentan tales cambios. En la época de Aristides y de Pericles, casi nada se ordenó en Atenas que no fuera prudente y moderado; en la de Cleón y Cares, ¡qué diferencia! Mientras la República de Lacedemonia ocupó el primer rango en Grecia, cuanto hacía el rey Cleómbroto hacía lo por consejo de sus aliados, y en tiempo de Agesilao sucedía todo lo contrario. ¡Así varía con sus jefes la conducta de los Estados! Nadie más injusto que Filipo cuando sigue los consejos de Taurión y de Demetrio; nadie más suave y pacífico cuando acepta los de Arato y Crisógono.

Algo parecido ocurre respecto a Aníbal. Encontróse en infinidad de circunstancias distintas, muchas de ellas extraordinarias. Los amigos que le acompañaban tenían caracteres diversos y aun opuestos, y de aquí que aprovechen poco las empresas del general cartaginés en Italia para dárselos a conocer. Viose en trances espinosos, que conocerá quien lea esta historia; y en cuanto a los consejos que sus amigos le daban, júzguese por este hecho la índole de los consejeros.

Cuando decidió Aníbal pasar de España a Italia con un ejército, hubo una dificultad que al pronto pareció invencible. En tan largo camino, por entre tantos bárbaros, groseros y feroces, ¿dónde encontrar las municiones y víveres necesarios? De esta dificultad tratóse diferentes veces en consejo. En uno de ellos, Aníbal apodado Monómaco dijo que sólo veía un medio de resolver la dificultad. Ordenóle el general que se explicase, y añadió Monómaco que era el de acostumbrar a las tropas a alimentarse con carne humana. Se convino en que este recurso obviaba todos los obstáculos; pero ni Aníbal ni sus oficiales atreviéronse a ensayarlo. Dícese que este Monómaco fue autor de las crueldades hechas en Italia y atribuidas a Aníbal.

Las circunstancias no influyen menos que los consejos.

Paréceme cierto que Aníbal fue muy avaro, y entre sus íntimos amigos había un tal Magón, prefecto de los brucianos, muy avaro también. Lo sé por los mismos cartagineses; y los indígenas de un país no sólo conocen, como dice el proverbio, los vicios que en él reinan, sino también las costumbres de los ciudadanos. Con mayor exactitud lo supe por Masinisa, que me citaba muchos ejemplos de avaricia de los cartagineses en general y especialmente de Aníbal y Magón. Decíame que estos dos hombres, desde que pudieron sostener las armas, habían mandado juntos, y que en España y en Italia tomaron muchas ciudades, unas por asalto, y por capitulación otras, pero que jamás se encontraron unidos en la misma acción de guerra, y que no cuidaban tanto los contrarios de separarles, como ellos mismos lo procuraron para no tomar juntos cualquier plaza, por temor de desacuerdo en el reparto del botín, pues su avidez igualaba a su rango.

Visto está en lo que hemos dicho, y aún se verá en lo que diremos, que los consejos de los amigos y las circunstancias influyeron en las determinaciones de Aníbal. Dueños los romanos de Capua, las demás ciudades amenazadas buscaban ocasión y pretexto para rendirse a aquéllos. Se comprenderá bien la alarma de Aníbal en tal momento. No le era posible en tierra enemiga concentrar sus fuerzas ocupando posición segura y a la vez guardar ciudades muy alejadas unas de otras, mientras él se veía rodeado de legiones romanas. Distribuyendo sus fuerzas, ni podría hacer nada con las que conservara bajo su mando, ni auxiliar, en caso necesario, a las alejadas, corriendo el riesgo de caer en poder de los enemigos. Veíase, pues, obligado a abandonar completamente algunas ciudades, a evacuar otras por miedo de que, al cambiar de señor los habitantes, les imitaran las tropas. En tal situación, tuvo que violar los tratados por necesidad, trasladar los ciudadanos de unas poblaciones a otras y permitir el saqueo de sus bienes. Esta conducta perjudicó mucho sus intereses, acusándole unos de impiedad, de cruel otros, porque los soldados al trasladarse de población ejercían violencias, apoderándose de cuanto en sus manos caía, sin compadecerse de habitantes próximos, en su concepto, a ser auxiliares de la dominación romana. Teniendo, pues, en cuenta lo que le aconsejaron los amigos y lo que llevó a cabo por la necesidad de los tiempos y de las circunstancias, difícil es desentrañar de tantas influencias exteriores el verdadero carácter de Aníbal. Puede decirse únicamente que entre los cartagineses tenía opinión de avaro, y entre los romanos de cruel.

CAPÍTULO VIII

Superioridad de Agrigento con respecto a casi todas las ciudades de Sicilia en fortaleza, belleza y edificios.

Verdaderamente Agrigento no sólo aventaja a las más de las ciudades en lo que hemos dicho, sino en fortaleza, hermosura y construcción de edificios. Está fundada a dieciocho estadios del mar y, por consiguiente, provista de cuantas ventajas éste presta. La naturaleza y el arte han concurrido a porfía a defender su circuito. Porque las murallas se hallan edificadas sobre una pelada roca, que a trechos la naturaleza y a trechos la industria han hecho escarpada. La rodean dos ríos: por el mediodía el que lleva el mismo nombre que la ciudad, y por el occi-

dente, mirando al África, el que se llama Hipsas. La ciudadela está al oriente del estio, por el exterior ceñida toda de un barranco inaccesible, y por dentro con una sola entrada para los de la ciudad. Sobre la cima de la roca se ven dos templos, el de Minerva y el de Júpiter Atabirio como en Rodas. Pues era razón que, siendo Agrigento colonia de los rodios, tuviese este dios el mismo nombre que entre aquellos isleños. La adornan a más otros soberbios edificios, como templos y pórticos. El templo de Júpiter Olímpico, aunque no compite en magnificencia, a lo menos en arranque y magnitud no cede a ninguno de los de Grecia.

CAPÍTULO IX

Agatirna.

Agatirna, ciudad de Sicilia...¹

CAPÍTULO X

Una promesa de Mario Valerio Livino.

Mario Valerio Livino les garantizó el éxito, persuadiéndoles de que fueran a Italia, a condición de ponerse a sueldo de los de Regio, talando la comarca en las tierras del enemigo.

CAPÍTULO XI

Discurso de Cleneas el Etolio, embajador por su nación en Lacedemonia, contra Filipo y toda la casa real de Macedonia.

«Así creo, lacedemonios, que nadie se atreverá a contradecir que el poder de Macedonia ha sido el origen de la esclavitud de Grecia. Esto es fácil hacérselo ver. Hubo en otro tiempo entre los griegos que habitaban Tracia una especie de cuerpo político compuesto de colonias que enviaron los atenienses y calcidios, entre las cuales Olinto era la ciudad de más esplendor y fuerza. Reducida ésta a servidumbre por Filipo, el temor de un ejemplo parecido sojuzgó no sólo las ciudades de Tracia, sino que sometió asimismo a las de Tesalia. Poco después, vencidos en batalla los atenienses, aunque usó con moderación de su ventura, no fue por hacerles bien, de lo cual estuvo muy distante, sino por excitar con este beneficio a los otros pueblos a que voluntariamente le rindiesen obediencia. Conser-

1. Es cuanto, para situar aquí, escribe Esteban de Bizancio como tomado de Polibio.

vaba aún vuestra República un tal poder, que presumía con el tiempo llegar a ser el amparo de Grecia. Pero Filipo, en quien todo pretexto se reputaba por bastante, llegó con ejército, asoló vuestros campos, arruinó los edificios, arrasó vuestras ciudades y campiñas, adjudicó unas a los argivos, otras a los tegeatas y megalopolitanos y las demás a los mesenios, queriendo contra toda justicia ser liberal con todos, siempre que fuese a costa vuestra. Sucedióle en el reino Alejandro, quien en la opinión de que, mientras Tebas subsistiese, durarían en Grecia, aunque leves, algunas chispas de sublevación, la destruyó, todos conocéis con qué crueldad.

»Pero, ¿a qué fin referir con detalle la conducta que los sucesores de éste han observado con Grecia? Ninguno de los presentes hay tan poco instruido que no haya oído cuán indignamente trató Antípatro a los infelices atenienses y demás pueblos después de la victoria de Lamia sobre los griegos; que llegó la insolencia y crueldad al extremo de nombrar pesquisidores que fuesen por las ciudades contra los que habían sido del bando opuesto o habían pecado en algo contra la casa real de Macedonia. Unos fueron sacados de los templos por fuerza, otros arrancados de los altares, y todos perdieron la vida en el suplicio. Los que se salvaron fueron desterrados de toda Grecia, sin tener más asilo que Etolia. ¿Quién ignora las acciones de Casandro, Demetrio y Antígono Gonatas? Como hace tan poco tiempo que pasaron, dura aún una exacta noticia de sus hechos. Unos con meter guarnición en las ciudades, otros con fomentar la tiranía, ninguna ciudad hubo que se eximiese del odioso nombre de la esclavitud. Mas dejémonos de esto, y volvamos a las últimas acciones de Antígono, no sea que algunos de vosotros, al considerar inocentemente lo que entonces hizo, estéis en el entender de que sois deudores de algún favor a los macedonios. Antígono, si tomó las armas contra vosotros, no fue con el fin de salvar a los aqueos, ni porque disgustado de la tiranía de Cleómenes deseara ponerlos en libertad. Ésta es una forma muy superficial de hacer concepto de las cosas. Los verdaderos motivos fueron el considerar que jamás estaría seguro su poder si vosotros establecíais el vuestro en el Peloponeso, y el ver las bellas cualidades de Cleómenes, y cuán favorablemente os soplabla la fortuna. Estos estímulos de miedo y envidia le hicieron venir, no para auxiliar a los peloponesios, sino para ahogar vuestras esperanzas y humillar vuestra elevación. En este supuesto, no tenéis tanto motivo para amar a los macedonios, porque dueños de vuestra ciudad no la saquearon, como lo tenéis para reputarlos por enemigos y aborrecerlos, porque pudiendo vosotros dominar Grecia os lo han estorbado ya tantas veces.

»Pues los crímenes de Filipo, ¿qué necesidad hay de referirlos? Los sacrilegios que cometió en los templos de Termo dan una suficiente idea de su impiedad contra los dioses, y la doblez y perfidia que usó con los mesenios manifiestan su crueldad contra los hombres. De todos los griegos, solos los etolios se atrevieron a oponerse a Antípatro por la defensa de los que injustamente se veían oprimidos; ellos solos resistieron la irrupción de Brenno y demás bárbaros que le acompañaban; y de cuantos socorros implorasteis, ellos solos prestaron sus armas para recobraros el imperio de Grecia que habían poseído vuestros mayores. Pero esto baste sobre este asunto. Cuanto a la deliberación presente, en tanto es preciso hablar y opinar, en cuanto se va a consultar sobre una guerra, bien que en la realidad no se haya de estimar por tal. Porque los aqueos, lejos de hallarse en estado de infestar vuestro país después de tantas pérdidas, creo que darán mil gracias a Dios si pueden defender el propio, cuando se vean atacados a un tiempo por los eleos y mese-

nios, nuestros aliados, y por nosotros los etolios. Igualmente vivo en la inteligencia que se apagará el ardor de Filipo cuando se vea invadido en tierra por los etolios y en la mar por los romanos y el rey Átalo. Por lo pasado se puede inferir lo venidero. Porque si no teniendo que contender más que con los etolios no ha podido sujetarlos, ¿cómo será capaz de sostener una guerra contra tantos pueblos juntos?

»Mi principal objeto en apuntaros estas razones ha sido el que sepáis todos que aun en el caso de que se os propusiese de nuevo la consulta de este asunto, sin estar ligados de antemano por algún tratado, os tendría más cuenta confederaros con los etolios que no con los macedonios. Pero si, preocupados, tenéis ya tomada resolución sobre esto, ¿para qué más palabras? Porque si la alianza que ahora tenéis con nosotros hubiera estado concertada antes de los beneficios que Antígono os ha hecho, vendría bien la duda si convendría ceder a los empeños presentes y despreciar los antiguos. Pero cuando después de esta libertad tan decantada que habéis recibido de Antígono, y esta salud que os está echando en rostro a cada paso, formado consejo, habéis consultado tantas veces con cuál de los dos pueblos os tendría más cuenta unir vuestros intereses, si con los etolios o con los macedonios, y habéis preferido a los primeros, les habéis prestado vuestros seguros, los habéis recibido de nuestra parte y habéis unido vuestras armas en la guerra que acabamos de tener contra los macedonios, ¿qué duda razonable os puede quedar sobre esto? Todos los vínculos de amistad que teníais con Antígono y Filipo quedaron prescritos. Sólo resta que probéis o que los etolios después acá os han agraviado, o que los macedonios os han obligado con algún nuevo beneficio. Pero si nada de esto ha habido, ¿cómo pensáis en violar los pactos, los juramentos y los empeños más sagrados que existen entre los hombres, por admitir la amistad de un pueblo que poco antes justamente despreciasteis cuando erais libres en aceptarla?»

Así habló Cleneas, y pareciéndole que no tenían respuesta sus razones, finalizó el discurso. A poco rato se presentó Licisco, embajador de los acarnanios, el cual por de pronto estuvo callado a causa del gran murmullo que la precedente arenga había causado; pero ya que hubo calmado, empezó a hablar de esta manera.

CAPÍTULO XII

Alocución de Licisco el Acarnanio, embajador por su nación en Lacedemonia, cuyos dos esenciales puntos se limitan a defender a Filipo y toda la casa real de Macedonia de las denuncias de Cleneas y a promover la unión y acuerdo contra los romanos.

«Yo, varones lacedemonios, he venido a vosotros enviado de la República de Acarnania; mas como casi siempre nosotros y los macedonios hemos tenido unión de intereses, creo que esta embajada nos es común a unos y otros. Así como en la guerra su prepotencia y excesivo poder hacen que nuestra seguridad esté fundada en su valor, del mismo modo en las disputas de los congresos las conveniencias de los acarnanios están embebidas en los derechos de los macedonios.

En este supuesto, no hay que extrañar emplee la mayor parte de mi discurso en defender a Filipo y los macedonios. Cleneas, al concluir su arenga, hizo una compendiosa recapitulación de los derechos que teníais con los etolios. "Si después, dijo, de concertada la alianza con los etolios, éstos os han hecho algún daño o agravio, o los macedonios algún beneficio, con justa razón pondréis ahora de nuevo el negocio en consulta; pero si nada de esto ha ocurrido, si solamente alegáis contra Antígono lo que ya tenéis aprobado de antemano, somos sin duda los más necios del mundo en lisonjearnos poder dar por el pie los juramentos y tratados." Efectivamente, si no ha sucedido novedad, según Cleneas, y los negocios de Grecia permanecen en el mismo estado que tenían antes, cuando contrajisteis alianza con los etolios, confieso que soy el más insensato de los hombres y que es inútil cuanto voy a decir; mas si éstos han tomado una constitución diversa, como os manifestaré en el transcurso de esta oración, me prometo hacer ver que entiendo a fondo vuestros intereses y que Cleneas los ignora. Éste puntualmente es el objeto de nuestra embajada, haber creído era nuestra obligación haceros patente en una arenga que, atentas las circunstancias en que se halla Grecia, os conviene y tiene cuenta, si ser puede, abrazar un honesto y saludable partido, uniendo con nosotros vuestra fortuna o, cuando no, vivir neutrales en la estación presente.

»Pero puesto que desde el principio se ha osado recriminar la casa real de Macedonia, me parece indispensable decir antes dos palabras para desimpresionar del error a los que han dado crédito a estas calumnias. Ha sentado Cleneas que con la toma de Olinto Filipo, hijo de Amintas, sometió Tesalia; y yo estoy en el entender que por Filipo se salvaron entonces no sólo los tesalios, sino los demás griegos. ¿Quién ignora que cuando Onomarco y Filómeles, apoderados de Delfos, se hicieron dueños, con impiedad e injusticia, de las riquezas de este templo, se elevó a tal grado su poder que ningún griego se atrevía a hacerles frente?, ¿que no contentos con este sacrilegio amenazaban apoderarse de toda Grecia? Pues en esta ocasión Filipo se expuso voluntariamente al peligro, destruyó los tiranos, aseguró el templo y fue el autor de la libertad de los griegos, como los mismos hechos lo testificaron a la posteridad. No fue por opresor de Tesalia, como se ha osado decir, el que todos le eligiesen por general de mar y tierra, honor jamás concedido antes a ninguno, sino por bienhechor de Grecia. Ciertamente si vino con ejército a la Laconia no fue por propia voluntad, como os consta; fue sí llamado e instado repetidas veces por sus amigos y parciales del Peloponeso, lo que al fin le hizo decidir. Y ya que estuvo aquí, ¿cómo se condujo? Escucha, Cleneas. Habiéndose podido valer de los deseos de los pueblos próximos para talar el país lacedemonio y humillar el poder de Esparta, y en esto haberles hecho el mayor servicio, jamás se prestó a semejante consejo. Por el contrario, los atrajo a un ajuste común por el terror de sus armas y los obligó a concluir amigablemente sus diferencias, no constituyéndose él juez de sus contestaciones, sino erigiendo un tribunal público de todos los griegos. En verdad que esta acción no merece oprobio ni vituperio.

»Se recrimina amargamente a Alejandro de haber castigado a los tebanos, de quienes se creía ofendido, y no se hace mención de que vengó a Grecia de los insultos de los persas, ni de que os liberó a todos de las mayores miserias con haber esclavizado los bárbaros y haberles privado de aquellas riquezas con que, constituidos jueces de las controversias de los griegos, corrompían unas veces a los atenienses y sus mayores, otras a los tebanos; ni de que al fin hizo que Asia prestase

homenaje a Grecia. Pues a sus sucesores, ¿cómo os atrevéis a mentarlos? Porque si, según las revueltas de los tiempos, fueron causa de los adelantamientos de unos y de los atrasos de otros, esta queja estaría bien en boca ajena, no en la vuestra, que jamás habéis sido autores de algún bien y sí de la ruina de muchos. Y si no, ¿quiénes fueron los que incitaron a Antígono, hijo de Demetrio, a destruir la República de los aqueos? ¿Quiénes pactaron, bajo juramento, con Alejandro el epirota el poner en subasta y dividir la Acarnania? ¿No fuisteis vosotros? ¿Quién, si no vosotros, ha enviado a campaña tales jefes, que se propasen a poner la mano en los templos inviolables? Dígalo Timeo, cuando en Ténaro saqueó el templo de Neptuno, y en Luso el de Diana. Díganlo Fárico y Polícrito, el uno profanador del santuario de Juno en Argos y el otro del de Neptuno en Mantinea. ¿Y qué diré de Látabo y Nicóstrato? ¿No violaron éstos en plena paz la asamblea general de los beocios, como si fueran escitas o gálatas? Los sucesores de Alejandro jamás hicieron otro tanto.

»Después de tantos crímenes que no podéis excusar, os gloriáis de haber sufrido la impresión de los bárbaros en Delfos, y pedís que Grecia os sea deudora de este beneficio. Mas si debe estaros obligada por este servicio, ¿cuánto más lo deberá estar a los macedonios, que gastan sin cesar la mayor parte de la vida en batirse con los bárbaros por la seguridad de Grecia? ¿Quién no ve el inminente riesgo en que se hubiera visto ésta en otro tiempo, si no hubiéramos tenido por barrera a los macedonios, y aquella noble emulación de sus reyes? Prueba la más convincente de esta verdad es que lo mismo fue comenzar los galos a menospreciar los macedonios, después de la derrota de Ptolomeo, por sobrenombre Ceraunio, cuando al punto, sin hacer caso de los otros griegos, entraron con ejército, Brenno al frente, a través de Grecia, irrupción que se hubiera repetido muchas veces a no estar los macedonios sobre nuestras fronteras. Otras muchas cosas pudiera apuntar sobre lo pasado, pero creo haber dicho lo suficiente. Para calificar a Filipo de impío le acumulan los etolios la destrucción de un templo, sin añadir las infamias e injusticias que ellos cometieron en los templos y santuarios de Dio y Dodona. La razón pedía que se dijera esto antes. Vosotros referís lo que habéis sufrido, exagerándolo más allá de la verdad; pero lo que habéis hecho antes y repetido en diferentes partes, esto lo calláis, porque sabéis ciertamente que las injurias y los agravios se atribuyen a los que primero dieron motivo.

»Por lo que hace a Antígono, en tanto haré mención en cuanto no parezca que desprecio sus acciones ni que reputo por de poco momento un tan señalado servicio como el que os ha hecho. Vivo persuadido de que no se encuentra beneficio mayor en la historia. En mi opinión, la acción no admite exceso, y si no, véase la prueba. Antígono os hace la guerra, Antígono os vence a fuerza de armas en batalla ordenada, Antígono se apodera de vuestro país y ciudad, Antígono puede valerse de los derechos de conquistador; pero tan lejos está de hacerlo, que, prescindiendo de otros beneficios, destrona al tirano y os restablece en las leyes y gobierno antiguo. En reconocimiento de esto le aclamasteis por vuestro bienhechor y libertador en una asamblea general, donde toda Grecia fue testigo. ¿Y qué debierais haber hecho? Diré mi sentir, y vosotros, lacedemonios, tendréis paciencia, pues no lo hago con ánimo de injuriaros intempestivamente, sino porque las circunstancias de los negocios me fuerzan a mirar por el bien público. Pero ¿qué es lo que voy a proferir? ¡Qué! que en la guerra pasada debierais haberos confederado, no con los etolios, sino con los macedonios, y que al presente, que sois solicitados, debéis uniros antes a Filipo que a los etolios. Así es, se me dirá; pero eso es

faltar a la fe de los tratados. Y pregunto: ¿cuál es mayor crimen, romper un tratado particular concertado entre vos y los etolios, o uno hecho en presencia de toda Grecia, grabado en una columna y consagrado a la inmortalidad? ¿En qué consiste que teméis violar la fe a un pueblo de quien no habéis recibido favor alguno, y no hacéis caso de Filipo y de los macedonios, a quienes debéis la facultad de estar ahora deliberando sobre este asunto? ¿Juzgáis acaso que es indispensable guardar fidelidad a los amigos... *y que no hay la misma obligación respecto de los que os han salvado*? Pues ciertamente no es acción tan santa observar las convenciones escritas, como impía la de tomar las armas contra sus libertadores. Esto es cabalmente lo que los etolios han venido a suplicaros.

»Permitáseme el haber dicho estas cosas, y quede a juicio del rígido censor si he hablado fuera de propósito. Ahora volvamos al punto principal, como éstos dicen; y es, si los negocios están ahora en el mismo estado que cuando hicisteis alianza con los etolios, debéis permanecer firmes en vuestra decisión; pero si la faz de Grecia se halla totalmente demudada, es justo que empecéis ahora a deliberar de nuevo sobre nuestras pretensiones. Decidme ahora, Cleónico y Cleneas, ¿qué aliados teníais cuando persuadisteis a los lacedemonios a entrar en vuestra compañía? ¿Por ventura no eran todos griegos? ¿Y ahora con quién estáis confederados, o a qué alianza convidáis a los lacedemonios? ¿No es a la de los bárbaros? ¿Es esto estar las cosas en el mismo estado, o totalmente diverso? Antes disputasteis la primacía y gloria de mandar con los aqueos y macedonios, gentes de una misma nación, y con Filipo, conductor de estos últimos; pero en la guerra actual se trata de libertar Grecia de la esclavitud que la amenaza de parte de una nación extranjera, que vos creéis haber llamado contra Filipo, pero que en realidad no habéis previsto que vendrá contra vosotros mismos y contra toda Grecia. En las urgencias de la guerra se suele meter en las plazas para su seguridad guarniciones aliadas más fuertes que las del país, de que resultan a un tiempo dos efectos: librarse del temor del enemigo, y someterse al poder de los amigos. Pues esto es cabalmente lo que han hecho los etolios. Por querer vencer a Filipo y humillar a los macedonios, no han advertido que han traído del occidente una nube, que aunque por ahora cubrirá primero Macedonia, en la consecuencia se extenderá y será causa de grandes males para toda Grecia.

»A todos los griegos incumbe precaver la tempestad que amenaza, pero especialmente a vosotros, lacedemonios. Y si no, ¿qué motivos os parece tuvieron vuestros padres para arrojar en un pozo y cubrir de tierra al embajador que les envió Jerjes a pedir el agua y la tierra; y mandarle dijese a su señor que ya había conseguido de los lacedemonios lo que les había demandado? ¿Qué impulso pensáis fue el de Leónidas y el de sus compañeros en arrojarse espontáneamente a una muerte manifiesta? No fue porque creyesen que se exponían únicamente por su libertad, sino por la de todos los griegos. ¿Y será digno que ramas de tales troncos se asocien con unos bárbaros, militen bajo sus banderas y hagan la guerra a los epirotas, aqueos, acarnanios, beocios, tesalios y a casi todos los griegos, a excepción de los etolios? Bien está que en las costumbres de éstos no exista acción torpe si se atraviesa la ganancia; pero vosotros no tenéis ese carácter. ¿Qué se puede esperar que harán, después de unidos con los romanos, unos hombres que con el débil socorro de los ilirios se atrevieron contra todo derecho a forzar por mar a Pilos, sitiar por tierra a Clitoris y

reducir a servidumbre a los cinetas? ¿Unos hombres que, concertado antes un tratado con Antígono para perder a los aqueos y acarnanios, como hemos dicho, lo hacen ahora con los romanos contra toda la Grecia?

»¿Se podrá esto oír sin presumirse ya encima la irrupción de los romanos y sin dejar de aborrecer la imprudencia de los etolios, que se atrevieron a acabar semejantes tratados? Ya han quitado a los acarnanios a Eníade y Nasos, y poco antes retuvieron para sí la desgraciada ciudad de Anticira, habiéndola reducido a servidumbre junto con los romanos. Éstos se llevaron los hijos y las mujeres, para hacerlos sufrir lo que regularmente se padece bajo una dominación extranjera, y el suelo de estos infelices se repartió entre los etolios. ¿Y sería honroso entrar de grado en una tal alianza, sobre todo vosotros, lacedemonios, vosotros que en otro tiempo, porque solos los tebanos entre todos los griegos, forzados de la necesidad, decidieron vivir neutrales en la irrupción de los persas, decretasteis inmolarnos de diez en diez a los dioses, si salíais con la victoria? Lo que sí os tiene cuenta y conviene es que, acordándoos de vuestros mayores, evitéis la irrupción de los romanos, os receléis de la depravada intención de los etolios y, sobre todo, acordándoos de los beneficios recibidos de Antígono, los aborrezcáis ahora y siempre, detestéis la amistad de tales gentes y unáis vuestros intereses con los aqueos y macedonios. Si no obstante hubiese alguno, de los que tienen más autoridad entre vosotros, que se oponga a esta decisión, por lo menos abrazad el partido de la neutralidad, y no toméis parte en la injusticia de los etolios... La propensión de los amigos, demostrada a tiempo, nos sirve de provecho; pero forzada y fuera de sazón, es del todo infructuoso el alivio que nos procura. Si estuvieran en ánimo de observar la alianza no de palabra, sino de obra...»

CAPÍTULO XIII

Desesperada decisión de los acarnanios contra los etolios. – Su ejemplo.

Al conocer los acarnanios la expedición de los etolios contra ellos, impulsados en parte por la desesperación, y en parte por el furor y odio que les inspiraba el enemigo, tomaron la desesperada decisión de que si eran vencidos, nadie recibiría en la ciudad a los que sobrevivieran a la derrota, privándoles del uso del fuego. Añadiendo imprecaciones a este decreto, indujeron a los demás pueblos, y sobre todo a los epirotas, a que rechazaran de su territorio los fugitivos de la batalla.

Asedio de Egina, ciudad de la Ftiótide, por Filipo. Forma de estar construidas y utilización de las Tortugas para terraplenar.

Decidido Filipo a hacer los ataques contra dos torres de Egina, situó al frente de éstas sus *tortugas* de terraplenar y sus arietes (año -213). En el espacio que había de torre a torre y entremedias de los arietes, levantó una galería paralela al muro. Concluido su propósito, el aspecto de todo lo trabajado se asemejaba a una muralla. Porque las obras hechas con las *tortugas* representaban la especie y figura de una torre, con la disposición en que estaban entretejidos los zarzos; la galería que mediaba entre las dos torres se parecía a una muralla; y la división y enlace de la parte superior de los zarzos figuraban las almenas. En la parte inferior de las torres se hallaban los que terraplenaban las desigualdades del terreno con las espuestas de tierra que conducían, y al mismo tiempo empotraban los arietes. En el segundo alto, a más de las catapultas, se habían colocado cubetos de agua y demás prevenciones contra un incendio. Y el tercero, que igualaba con las torres de la ciudad, estaba coronado de buen número de gentes, para contener cualquier insulto de los sitiados contra los arietes. Desde la galería que estaba entre las dos torres hasta el muro de la ciudad, se tiraron dos caminos de comunicación, donde se situaron tres baterías de ballestas, de las cuales la una arrojaba piedras de un talento de peso, y las otras dos de peso de treinta minas. Desde el real a las *tortugas* se hicieron caminos cubiertos, para que ni los que viniesen del campo a los trabajos, ni los que tornasen de los trabajos al campo, fuesen incomodados por los tiros de la plaza. En muy poco tiempo se llevaron las obras a su perfección, porque el país proveía abundantemente de todos los materiales necesarios. Egina yace en el golfo de Malea, hacia el mediodía, y frente por frente de la provincia de los tronios. El país produce todo género de frutos, causa por que Filipo no echó de menos cosa para su propósito, por lo cual, concluidas que fueron las obras, asestó sus máquinas e instrumentos de minar.

CAPÍTULO XV

Estrategia del romano Publio Sulpicio Galba y del etolio Dorímaco contra Filipo en Egina. - Operaciones ofensivas y defensivas de Filipo.

Por aquel entonces era general de los romanos Publio Sulpicio Galba, y Dorímaco jefe de los etolios. Llegaron a Egina mientras Filipo la sitiaba, y después que éste se puso en seguridad contra las tentativas de los sitiados y los ataques exteriores, protegiendo su campamento por la parte de la llanura con un muro y un foso. Publio con una flota y Dorímaco con tropas de infantería y caballería atacaron el campamento de Filipo, que les rechazó. Después de la victoria impulsó el cerco con mayor vigor, y los eginetas, desesperanzados, se rindieron. Dorímaco, efectivamente, no podía vencer por hambre a Filipo, que recibía por mar toda especie de provisiones.

Origen del Éufrates, regiones por donde discurre y naturaleza de este río.

Teniendo su origen en Armenia, el Éufrates atraviesa Siria y todos los países que siguen hasta Babilonia. Se cree que desemboca en el mar Rojo; pero no es así. Porque antes de desaguar en el mar lo agotan varios fosos y canales repartidos por los campos. De aquí proviene suceder a este río lo contrario que a los otros. Los otros aumentan a medida que discurren por más países, crecen en invierno y disminuyen en la fuerza del verano. Éste, por el contrario, su mayor altura es al principio de la canícula, su mayor extensión en Siria, y cuanto más avanza más se aminoran. La causa de este fenómeno es porque su aumento no proviene de la reunión de lluvias del invierno, sino de la rarefacción de nieves del verano... y su decrecimiento lo causan los varios desagües por los campos y repartimientos para los riegos. Por eso en esta estación es muy lenta la conducción de ejércitos por el río abajo; porque como los navíos van muy cargados y el río muy bajo, el impulso de la corriente ayuda muy poco a la navegación.

CAPÍTULO XVII

El hambre en Roma. – El río Quiato.

Desprovistos de trigo los romanos porque los ejércitos se habían apoderado de cuanto existía en Italia, hasta las puertas de Roma, acudieron a Ptolomeo, enviándole embajadores para que les diera lo que necesitaban, por no poder esperar lo ni aun de las provincias de fuera de Italia. Todo el universo, a excepción de Egipto, se hallaba entonces en armas y cubierto de soldados. Tan grande era el hambre en Roma que el medimno de Sicilia¹ costaba quince dracmas². A pesar de tan premiosa extremidad, los romanos prosiguieron la guerra con vigor.

CAPÍTULO XVIII

Más sobre el río Quiato.

El río Quiato, que corre, en Etolia, cerca de la ciudad de Arsinoe...³

1. Unos treinta y nueve kilos.

2. La dracma antigua de Grecia era de plata y circulaba, fuera de Grecia, entre otros muchos pueblos de la Antigüedad. Casi equivalía al denario, cuyo valor era de cuatro sextercios.

3. Parece ser, por las citas que hacen varios autores de la Antigüedad, que este capítulo de Polibio, cuyo texto salvado se reduce a tan poco, lo constituía una cumplida descripción del país regado por este río.

CAPÍTULO XIX

Arsinoe.

Arsinoe, ciudad de Libia. Llámanse sus habitantes arsinoítas...¹

CAPÍTULO XX

Atella.

Atella, ciudad del país de los opies en Italia, entre Capua y Nápoles; sus habitantes llámanse atellanos².

CAPÍTULO XXI

Fóruna.

Fóruna, ciudad de Tracia. Sus habitantes llámanse forunenses...³

CAPÍTULO XXII

Cautiverio de los eginetas y dureza de Publio Sulpicio Galba.

En el momento en que los romanos se apoderaron de Egina, todos los eginetas, que vendidos en subasta se hallaban hacinados en los barcos, solicitaron permiso al general para enviar emisarios a las ciudades donde tenían parientes, a fin de obtener su rescate. Empezó Publio contestándoles con dureza que cuando aún eran libres debieron enviar los emisarios para tratar de su salvación con los vencedores, y no ahora que estaban ya en servidumbre, sobre todo los que poco antes ni siquiera se habían dignado responder a sus embajadores. Añadió que teniéndoles ya en su poder parecíale demasiado cándida la pretensión de enviar comisionados a sus parientes; y dicho esto despidió a los peticionarios. Pero al día siguiente reunió a todos los prisioneros y díjoles que los eginetas no merecían

1. En este otro fragmento del *Libro IX* de la *Historia* de Polibio, tomado de la cita hecha por Esteban de Bizancio, la ciudad de Arsinoe, dada como perteneciente a Etolia, se menciona ahora como de Libia...

2. Breve fragmento, correspondiente, como el anterior, a una cita recogida por Esteban de Bizancio, que añade: «como dice Polibio».

Poco después, como escrito también por éste, añade la noticia de que «los atellanos se entregaron».

3. Cita de Polibio, por Esteban de Bizancio.

piedad, pero que en consideración a los demás griegos, concedíales la facilidad de enviar comisionados para procurar su rescate, por ser costumbre admitida.

CAPÍTULO XXIII

Situación de los romanos y los cartagineses.

Ésta era la situación de romanos y cartagineses, y cuando el flujo y reflujo de los acontecimientos impulsados por la fortuna les hacían ser alternativamente vencedores o vencidos, claro es que, según la frase del poeta, *la alegría y el dolor llenaban a la vez el alma de ambos partidos.*

CAPÍTULO XXIV

Visión fragmentada de los acontecimientos.

Es indudable, según he manifestado, que cuando se acude a autores que presentan los acontecimientos aisladamente, y por lo que atañen a un partido, es imposible abarcar y contemplar con el ánimo el bello espectáculo de los acaecimientos en su conjunto y general sentido.

CAPÍTULO XXV

La olimpiada como medida de tiempo.

Decimos que llámase olimpiada a un período de tiempo que abarca cuatro años.

CAPÍTULO XXVI

Condiciones morales para el mutuo auxilio humano.

Cuando los hombres no se conducen con benevolencia y abnegación, difícil es que sean en la acción auxiliares sinceros y seguros.